

El primer anuncio

CARLOS GIL ARBIOL, OFM

Profesor de Nuevo Testamento. Universidad de Deusto, Bilbao.

Síntesis del artículo

El autor describe la esencia del primer anuncio (kerygma) cristiano sobre la muerte y resurrección de Jesús, y las razones de su rápida expansión (como la acogida y reconocimiento de las personas). Ofrece unos consejos para actualizar el anuncio del evangelio hoy: el anuncio no puede ser atemporal, no rebajar la paradoja cristiana de la cruz, priorizar la experiencia sobre el discurso intelectual, el anuncio debe ser creativo e innovador y nunca proselitista.

#PALABRAS CLAVE: Anuncio, Evangelio, kerygma, Jesucristo, cruz, acogida.

Abstract

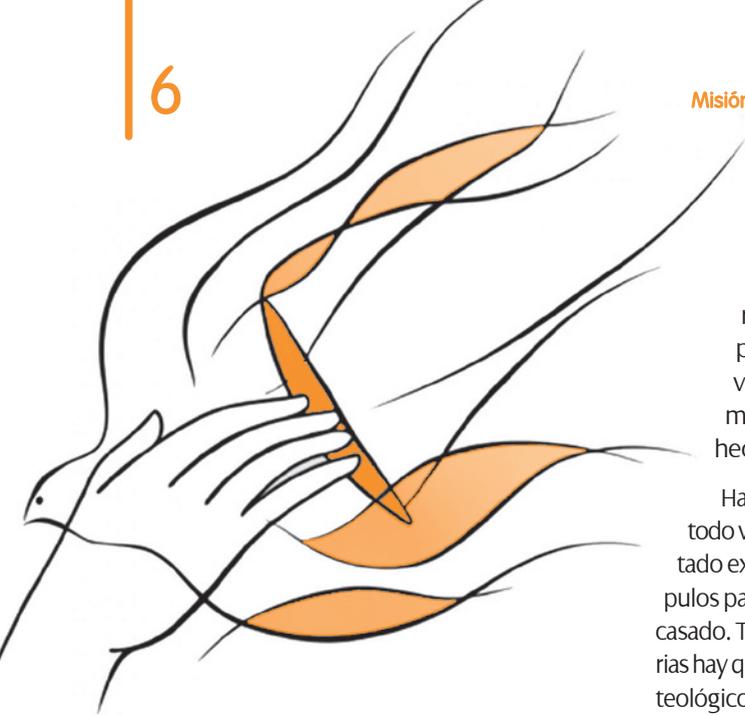
The author describes the essence of the first Christian proclamation (kerygma) about the death and resurrection of Jesus, and the reasons for its rapid expansion (such as the reception and recognition of people). He offers some advice for updating the proclamation of the Gospel today: the proclamation cannot be timeless, it cannot lower the Christian paradox of the cross, it must prioritize experience over intellectual discourse, the proclamation must be creative and innovative and never proselytizing.

#KEYWORDS: Announcement, Gospel, kerygma, Jesus Christ, cross, welcome.

En el año 23 del reinado de César Augusto en Roma, nació un judío galileo que pasó casi desapercibido. Vivió su juventud como otros aldeanos galileos sin más brillo que una devoción honda por Yahvé. Sus contemporáneos no supieron apenas de él hasta que murió. Sólo unos pocos le escucharon y le vieron hacer cosas extraordinarias y le siguieron como a un maestro. Estos hombres y mujeres quedaron fascinados por su carisma, por su convicción y hondura personal y, sobre todo, por la esperanza y pasión que les dio a sus vidas. Lo que decía de Dios, de las personas y del mun-

do les resultó emocionante y se embarcaron con él en un proyecto que pretendía transmitir a otros judíos esa misma pasión por Dios y por el mundo de Dios, que llamaban su "reino". Durante algún tiempo ese proyecto parecía que se iba extendiendo y consolidando y aquel galileo, llamado Jesús, se propuso ir a la gran capital judía: Jerusalén.

Sin embargo, todo se torció y la oposición que encontró entre las autoridades judías de la ciudad tumbó aquel proyecto; a él lo apresaron, juzgaron precipitadamente y lograron que los romanos lo condenaran a morir en la



cruz, la muerte más horrorosa para aquella gente. Quienes le habían seguido le abandonaron y renunciaron también al proyecto del reino que les había entusiasmado, volviendo a sus antiguas vidas. Muchos debieron pensar que Jesús fue sólo otro espejismo de esperanza, de justicia, de paz.

Ahí habría acabado todo de no ser por algo inesperado. Cualquier historiador tendría que suspender aquí su reconstrucción de los hechos porque los acontecimientos siguientes son borrosos e imprecisos. Lo más claro y seguro es que aquellos fracasados seguidores dieron un giro radical a sus vidas y se afirmaron con más energía y pasión en el proyecto del reino que iniciaron con Jesús. Qué les hizo transformar aquella frustración en entusiasmo, resulta muy difícil de explicar. Ellos mismos no acertaban del todo a aclararse con sus propias explicaciones. Algunas mujeres decían que su sepulcro estaba vacío cuando fueron a ungirlo y llorarlo; otras, que lo habían visto resucitado en medio de sus ritos de duelo; otros, por su parte, cenando en recuerdo de su muerte, contaron que lo habían visto en medio de ellos, comiendo como si fuera uno más; otros creyeron verlo vivo y enseñándoles las heridas que le dejó la cruz.

Las historias se multiplicaron y es difícil saber qué hay detrás de cada una de ellas; pero de algo no cabe duda: fuese lo que fuese lo que ocurrió, sus vidas no solo no volvieron al pasado, sino que se lanzaron con renovado ímpetu a poner en práctica aquel mismo proyecto que Jesús les había hecho creer.

Ha habido historiadores que han negado todo valor a estas historias. Otros las han intentado explicar como una invención de los discípulos para justificar su error al confiar en un fracasado. También otros han dicho que esas historias hay que leerlas sólo como leyendas o símbolos teológicos. En realidad, ninguna de esas explicaciones es capaz de responder a todas las preguntas que la vida de Jesús plantea, ni de dar cuenta del hecho de que sus discípulos se lanzaron a una aventura que convenció a otros muchos de modo sorprendente. El alcance de este contagio es, ciertamente, otro misterio difícil de explicar. Y en lo más profundo de esta expansión está el primer "anuncio" (*kêrygma*, en griego).

1 El paradójico anuncio de la cruz

Aquellos primeros seguidores y seguidoras de Jesús se lanzaron, efectivamente, a recuperar la vida que habían vivido con Jesús. Esa vida renovada quería ser la invitación y acogida del reino de Dios, ese del que habló y comenzó a hacer realidad Jesús. Era, pues, el *reino de Dios*; pero también era el *reino de Jesús*, en el sentido de que era aquel del que Jesús les había hecho conscientes, anhelantes y pioneros. Vivir y anunciar el reino de Dios se convirtió en vivir la vida y anunciar el mensaje de Jesús.

1.1 Vivir como Jesús

De un modo bastante natural, pero muy peculiar, Jesús comenzó a ocupar un lugar cada vez más destacado en este anuncio: no podían

hablar del reino de Dios sin aclarar que se trataba de vivir como Jesús. Sin embargo, había una enorme dificultad en este anuncio: Jesús había acabado crucificado. Y nada podía silenciar, ignorar o maquillar un hecho tan frustrante, desolador y horroroso como ese final en la cruz. ¿Cómo era posible, entonces, que este anuncio del reino de Dios de Jesús resultara atractivo o, si quiera, soportable? ¿Cómo podía ser deseable un proyecto de vida que tenía ese horrible horizonte para quien lo aceptara?

Resulta más difícil responder a esas preguntas que constatar el hecho de que, en realidad, aquel primer anuncio resultó una buena noticia, fascinante y transformadora para muchos judíos como Jesús y otros que no lo eran. A nadie hubiera sorprendido que lo más importante e impactante de aquel primer anuncio fuese la noticia de la resurrección de Jesús, puesto que parece lo más llamativo de esta historia, la parte que habla de triunfo, de victoria, de éxito. De hecho, algunos de los testimonios del Nuevo Testamento que nos conservan trazas de aquel anuncio, subrayan la importancia que tuvo la certeza de que la vida de Jesús no había acabado en fracaso: “si no resucitó Cristo, vacío es nuestro *anuncio*, vacía también vuestra fe” (1Cor 15,14).

Sin embargo, otros muchos textos tienen otro centro, otras ideas y experiencias que pesaron más que la resurrección de Jesús. Y estas son las referidas al anuncio de su muerte. Se trata de textos que conservan un cierto carácter paradójico: “Como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la locura del *anuncio*... de Jesús crucificado” (1Cor 1,21); “¡Gálatas insensatos! ¿Quién os ha fascinado a vosotros, a cuyos ojos ha sido presentado Jesús mesías crucificado?” (Gal 3,1); “yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesús mesías, y éste crucificado” (1Cor 2,1-2); etc.

1.2 Significado profundo de la muerte en cruz

La paradoja de estas ideas reside en el hecho de que, a pesar de que se centran en recordar la muerte en cruz de Jesús, resultaron una buena noticia para quien las escuchó. Y no solo porque todos supieran que Dios no lo había abandonado en la cruz y lo había resucitado, sino porque descubrieron que aquella muerte aparentemente vergonzosa tenía otro sentido, otra lectura oculta que resultaba verdaderamente fascinante. Este significado profundo no llegó a los destinatarios a través de discursos elaborados por teólogos o intelectuales, sino por medio de experiencias personales muy emotivas y corporales.

Llegó, por ejemplo, a través de los rituales y celebraciones que hacían juntos, como el rito del bautismo o el de la comida compartida. “Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo resucitó de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (Rom 6,4). “El Señor Jesús, la noche en que era entregado, tomó pan, dando gracias, lo partió [...] Cada vez que comáis este pan y bebáis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga” (1Cor 11,23-26). Ambas prácticas rituales eran experiencias de encuentro con Jesús crucificado; comer el pan era recordar su muerte; ser bautizado era ser sepultado con él. Eran experiencias en las que sumergirse en el agua y comer el pan servían para acercarse más a su final trágico.

Un seguidor de Jesús cuenta que llegó a identificarse tanto con su muerte en cruz que él mismo se presentaba como “crucificado”: “con Cristo estoy crucificado; y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gal 2,19-20); “¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!” (Gal 6,14). Pablo habla, probablemente, de su propia experiencia de fracaso, de sole-

dad, de hostilidad; aquellas “cruces” le permitieron acercarse a la de Jesús para entenderla y darle sentido. Y esta es la parte más importante para entender cómo aquella experiencia de “ser crucificado con Jesús” podía ser una buena noticia, algo que entusiasme.

1.3 Reconocimiento de la dignidad de la persona en tiempos difíciles

La vida era muy dura para la mayor parte de la población en el Imperio romano. Había una enorme desigualdad, mucha más de la que hoy sufrimos. Muchos extranjeros llegados a las ciudades, muchos pobres viviendo por debajo del umbral de subsistencia, muchas víctimas de la violencia refugiadas, muchos esclavos, mujeres y personas subordinadas soportaban cotidianamente la imposibilidad de vivir en libertad, de ser respetados y apreciados. Las dificultades para que la mayoría de las personas sintieran que son valiosas para alguien eran enormes; y las posibilidades para que alguien sin recursos y sin prestigio social se sintiera acogido y querido por otros era mínima. Fuera de la propia familia, que vivía más preocupada por la propia subsistencia que por el cuidado afectivo de sus miembros, era muy difícil sentirse acogido y reconocido. La mayoría de las personas aspiraban a ser otra cosa para poder ser queridos y aceptados. Aspiraban a tener más, a poder más, a influir más, a dominar más, a subir más frente a otros, como modo de ganarse el prestigio y el reconocimiento.

Lo que proponía el anuncio de Jesús era, precisamente, que el reconocimiento no se obtenía ascendiendo a costa de los demás sino abajándose para reconocer a los demás. El ejemplo de Jesús resultó una auténtica revolución de estos valores, porque Jesús había muerto del modo más vergonzoso y, aparentemente, abandonado hasta por Dios. Las últimas palabras de Jesús recordadas en el relato de la pasión así lo subrayan: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15,34).

Sin embargo, aquella muerte en la cruz supuso para él el mayor reconocimiento a los ojos de Dios y lo elevó a la mayor dignidad posible.

Su muerte en cruz era el signo de que el reconocimiento a los ojos de Dios funciona de un modo muy diferente al de los hombres: prácticamente a la inversa. Y, si esto era cierto, aquellos desheredados del Imperio Romano, las víctimas que habían sufrido su violencia, su desprecio, su injusticia, ahora se podían sentir reconocidos, acogidos y queridos por el mismo Dios que lo había hecho con Jesús, precisamente por haber llegado al lugar más bajo que puede llegar una persona. La muerte en cruz de Jesús se presentó como un modelo del modo de actuar Dios en la historia y en la vida de todos los hombres y mujeres: cuando han sido humillados y despreciados por las demás personas podían experimentar esa acogida incondicional, amorosa, apasionada del Dios de Jesús que deja su “condición divina” para abrazar a quienes están tan cerca de la muerte y elevarlos a la categoría divina, hacerlos señores, poner su nombre en lo más alto y sentir el reconocimiento de todos.

Un texto muy antiguo que expresa este anuncio lo hace en una preciosa poesía:

[Jesús] siendo imagen de Dios
no creyó un botín ser igual a Dios
sino que se vació a sí mismo
tomando la imagen de esclavo.
Siendo como los hombres
y viviendo como cualquier hombre
se humilló a sí mismo
siendo obediente hasta la muerte
y una muerte de cruz.
Por eso Dios le exaltó
y le dio el nombre sobre todo nombre
para que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble.
Y toda lengua confiese
en cielos, en tierra y en abismos
que Jesús Mesías es Señor
para gloria de Dios Padre (Flp 2,6-11).

Quizá de este modo podemos intuir la buena noticia contenida en aquel anuncio paradójico de la cruz: no era, contra toda apariencia, una noticia triste, trágica o masoquista; era, exactamente, lo contrario. Era el anuncio de que Dios es como Jesús en la cruz, un Dios que se abaja para acoger, perdonar, reconocer, apreciar y amar a todos aquellos que han sido despreciados por los demás hombres por razón de su condición nacional, económica, sexual o moral. Los más despreciados podían ver al Crucificado como un espejo que les devolvía su imagen humillada y, junto a ella, el rostro de un Dios que los acoge sin pedirles que tengan que cambiar de condición, un Dios que no les pide que dejen de ser lo que son, un Dios que no les pide ascender en la escala social para ser amados, sino que lo hace cuando están en lo más bajo. Y esto fue, definitivamente, el mejor anuncio, la mejor noticia que habían oído en toda su vida miles de personas que se reconocieron en el Crucificado.

2 El evangelio como anuncio

A esa buena noticia, paradójica y apasionante, la llamaron “el anuncio”, *kérygma* en griego. Lo más importante, como hemos dicho, no era el mensaje, la idea o el contenido de ese anuncio, sino la emoción y la experiencia de saberse y sentirse acogidos, amados, siendo despreciados por los demás como lo era el Crucificado. Aquellos seguidores de Jesús crearon condiciones reales para que los humillados, los crucificados en el Imperio Romano se sintieran apreciados y queridos. Se juntaban a celebrar la última cena de Jesús en recuerdo de su entrega y también para reproducir la mesa compartida que Jesús había ofrecido a los despreciados de su tiempo, las prostitutas, los recaudadores de impuestos, los pecadores, las mujeres impuras, etc. Aquellas comidas eran espacios de acogida del despreciado donde los últimos podían experimen-

tar que eran importantes, que los trataban con dignidad, que los colocaban, incluso, en los lugares de honor y mayor prestigio: “los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles son indispensables. Y a los que nos parecen los más viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor. Así a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad. Pues nuestras partes honestas no lo necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él” (1Cor 12,21-24).

2.1 Jesús y su vida, centro del anuncio

Jesús se convirtió, como vemos, en el centro del anuncio que atrajo a aquellos hombres y mujeres. Él había anunciado, había comenzado a señalar y a hacer posible el reino de Dios. Sus seguidores, impresionados por su forma de vida, su libertad, su valentía, su carácter, su cercanía a Dios, lo convirtieron en la mejor referencia para hablar y comprender el reino de Dios; Jesús era el icono de Dios en la historia. De modo que, casi sin darse cuenta, la buena noticia del Dios que se descubría en la muerte y resurrección de Jesús se convirtió en la buena noticia de Jesús. Toda su vida hablaba de Dios, no sólo su muerte y resurrección. Sus dichos y hechos, sus viajes, sus comidas, su relación con los discípulos y discípulas, con la gente se convirtió en la mejor parábola del reino de Dios. Esa buena noticia de Dios se convirtió en la buena noticia de Jesús, en su evangelio. Y este anuncio se realizó contando la vida de Jesús. De modo que aquellos seguidores se pusieron a la tarea de narrar toda su vida como anuncio para descubrir quién era Dios. Y esta decisión tuvo profundas consecuencias para el modo de entenderse como seguidores.

Puede parecer obvio que aquellos seguidores de Jesús decidieran narrar la vida de Jesús como modo de transmitir el anuncio que contagiara; pero no lo es. Hemos dicho que el ver-

dadero impacto de la muerte y resurrección de Jesús para aquellos que no conocieron a Jesús fue experimentar con él (en sus rituales, por ejemplo) su muerte y resurrección. Quienes celebraban el bautismo o comían en recuerdo de Jesús lo hacían para experimentar aquella acogida inigualable del Dios de Jesús. Y esto fue lo fundamental y el contexto en el que el anuncio se extendió. Sin embargo, para que aquella experiencia pudiera extenderse a la vida cotidiana y no fuera sólo una experiencia extraordinaria, era necesario mostrar circunstancias de la vida en las que hacer realidad ese anuncio. Y esas circunstancias fueron la misma vida de Jesús, de modo que el anuncio se convirtió en un relato que mostraba el actuar de Dios en toda la vida de Jesús como ejemplo y orientación para la vida de su seguidor.

2.2 *La innovación del evangelio de Marcos*

El primero que se decidió a expandir el primer anuncio en un relato de la vida de Jesús lo identificaron con un tal Marcos. Hacia el año 70 del siglo I se propuso recoger tradiciones que ya existían, orales y escritas, y componer una "vida" de Jesús, al modo como se hacían de otros personajes famosos. Esta sencilla elección ya fue una gran innovación, porque ningún seguidor de Jesús había antes intentado volcar aquel anuncio en un relato completo de su vida. Alguno se había atrevido a escribir cartas sobre Jesús; otros, colecciones de dichos o hechos, pero no una vida de Jesús. Y Marcos lo hizo no con la idea de contar el pasado de quien vivió en el primer tercio del siglo I, sino con la de expresar el anuncio de la buena noticia de Dios a través de una vida, la de Jesús. Por eso se hace tan difícil, a veces, entender ese relato, porque no narra únicamente hechos del pasado sino su significado para el presente, la vigencia de aquel impacto que tuvo Jesús entre sus seguidores. Y esta innovación tuvo un éxito enorme porque, a partir de ese momento, casi siempre que se quería anunciar la buena nueva de Dios, se contaba la vida de Jesús.

2.3 *El bautismo de Jesús y su significado*

Marcos hizo esta tarea comenzando su relato con el bautismo de Jesús (Mc 1,9-11). El texto dice así: "Sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio que los cielos se desgarraban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba a él. Y se oyó una voz que venía de los cielos: Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco". Probablemente era cierto que Jesús había estado vinculado de algún modo a la figura o al proyecto de Juan el bautista. Este animaba a los judíos piadosos a ir al desierto del oriente, en la otra parte del Jordán, para iniciar un camino de renovación y de vuelta a la tierra de Israel. Era como un rito iniciático que comenzaba en el bautismo del Jordán como signo de cambio y de nueva vida. Así, renovados, aquellos hombres y mujeres piadosos volvían de nuevo a entrar en la tierra prometida, esta vez decididos a cumplir la voluntad de Yahvé.

Si Jesús hizo o no este camino no lo sabemos, aunque sí podemos decir que estuvo vinculado con el bautista de algún modo, probablemente como discípulo. Sin embargo, lo que hace Marcos no es contarnos esta vinculación; no sabemos por él si Jesús se sintió mucho, poco o nada convencido de lo que Juan decía y hacía. Lo que hace es contarnos una breve historia llena de referencias al Antiguo Testamento en la que nos narra la intensa experiencia que Jesús tuvo de ser hijo de Dios. No sabemos si Jesús tuvo esa experiencia tal como nos la cuenta Marcos; tampoco sabemos si esa experiencia tuvo lugar en el bautismo. No sabemos lo que ocurrió porque ese relato del bautismo de Jesús es un ejemplo del anuncio de la buena noticia de Dios del que hablamos. Marcos utilizó la noticia conocida por todos de que Jesús había sido bautizado por Juan para contarnos otra cosa: la confianza mutua de Jesús en Dios y, sobre todo, de Dios en Jesús.

Este es un ejemplo de cómo el anuncio de la buena noticia de Dios se fue fundiendo con el relato de la vida de Jesús. Estos primeros seguidores utilizaron aquella noticia del bautismo y la convirtieron en un ejemplo del anuncio de quién es Dios. Esa intensa frase con la que acaba el relato es muy elocuente: “*Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco*”. Otro modo de traducir la segunda parte es: “estoy de acuerdo contigo”, “lo que tu hagas me parece bien”, “estoy contento contigo”. El bautismo, pues, anuncia quién es Jesús y quién es Dios a través de esa experiencia de Jesús de sentirse amado por Dios como hijo único, de saberse en las manos de Dios, de tener la certeza de que Dios ha puesto todo en sus manos y confía en Jesús como en sí mismo.

2.4 Dios rompe las barreras que nos separan de Él

El relato del bautismo cuenta que esta experiencia tan reveladora fue como un “desgarrarse” el cielo; lo que se abre se puede volver a cerrar, pero lo que se desgarró no se puede volver a unir. Así cuenta Marcos la experiencia de Jesús de saberse amado por Dios: lo que separa a Dios de los hombres ha quedado roto para siempre.

Este recurso lo descubrimos, no casualmente, en la última escena de la vida de Jesús. Tras el grito de abandono de Jesús en la cruz (“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado”) y su muerte, Marcos nos cuenta que “el velo del templo se desgarró en dos de arriba abajo” (Mc 15,38). Ese velo es el que separaba la presencia de Yahvé, dentro del lugar más sagrado del templo, de los hombres; ahí sólo podía entrar el sumo sacerdote una vez al año. Pues bien, lo que Marcos nos describe, de nuevo, no es cómo ocurrió la muerte de Jesús, sino el significado de aquel final: Dios no estaba ausente de aquella muerte; Dios ha roto para siempre (desgarrado) las barreras y separaciones que ponen los hombres. Dios

ha decidido volcarse totalmente en la historia de los hombres, especialmente en aquellas situaciones que parecen ausencias de Dios.

La vida de Jesús fue, desde el primer momento hasta el último, desde el bautismo hasta su muerte, una experiencia de cercanía y amor de Dios, incluso aunque parezca que no lo es. Nada en la vida de Jesús quedaba fuera de la implicación de Dios; nada hizo Jesús sin que Dios lo aceptara; incluso el aparente fracaso era un acompañamiento, un gesto de confianza de Dios en Jesús. Nada de Dios, pues, queda al margen de la vida de Jesús.

3 Actualización

Toda esta historia nos enseña muchas cosas. Vamos a recoger algunas de ellas para situarnos en nuestro tiempo y repensar el anuncio de Jesús de modo que lo podamos hacer relevante en nuestro contexto histórico.

3.1 No existe el anuncio atemporal

La *primera consecuencia* de este proceso en la que debemos fijarnos es la distancia cultural y temporal que nos separa de aquellos primeros discípulos de Jesús. Esta distancia tiene dos primeras consecuencias para actualizar aquel anuncio. En primer lugar, necesitamos informarnos sobre las circunstancias históricas y sociales en las que se aquellos seguidores de Jesús del siglo I desarrollaron el anuncio de la buena noticia. No podemos comprender en profundidad el sentido de aquella buena noticia si desconocemos cuáles fueron las preguntas, necesidades, miedos, esperanzas, dificultades, etc., que dieron forma al modo de estar en el mundo y al anuncio que les caracterizó.

En segundo lugar, necesitamos conocer en profundidad las circunstancias de nuestro mundo, saber cuáles son los problemas, las preguntas, las necesidades, miedos y espe-

ranzas de los hombres y mujeres del tiempo y lugar en el que vivimos. No existe el anuncio universal, más allá de grandes generalidades que pueden resultar irrelevantes. Para que el anuncio de la buena noticia del Dios de Jesús sea realmente eso, buena noticia, tenemos que conocer cómo va a ser recibida esa noticia y cómo puede ser buena para quien la escucha. El anuncio que hagamos hoy los cristianos del siglo XXI no puede repetir fórmulas del pasado; no puede usar formas de otros lugares miméticamente porque allí funcionen; no puede ignorar los problemas locales. Sólo será relevante si hemos entendido por qué aquel primer anuncio impactó en aquellos primeros destinatarios con sus circunstancias y hacemos el esfuerzo por adaptarlo a las de los actuales.

3.2 *No edulcorar la paradoja cristiana*

La *segunda consecuencia* es recordar la paradoja de los inicios y no pretender maquillarla, suavizarla o eliminarla. El anuncio más antiguo es la noticia de un fracaso revisado, releído, interpretado de otro modo. Era paradójico porque era el anuncio de la buena noticia que descubrieron sus discípulos en el fracaso, vergüenza y muerte de Jesús, aquel en quien habían puesto todas sus esperanzas. La superación del fracaso y de la desorientación inicial no les hizo olvidar la dura prueba por la que pasaron con la muerte de Jesús. La certeza de que Dios lo había resucitado y lo había exaltado a su derecha dándole “el nombre que está sobre todo nombre” no ocultó o minimizó la gravedad de que murió del modo más vergonzoso que cabía.

El resucitado era el crucificado. Y esta certeza les permitió dar sentido a su fracaso, no ignorarlo u olvidarlo. Gracias a la certeza de la resurrección, aquella muerte fue el descubrimiento de una acción insólita, insospechada, sorprendente de Dios: *Dios actuaba paradójicamente*, acompañando en silencio a las víc-

timas de la violencia y la injusticia, no librándolas de las consecuencias de las dinámicas históricas, con sus limitaciones y dificultades.

Por eso, el anuncio hoy debe recuperar la paradoja para iluminar las circunstancias históricas difíciles que viven muchas personas por la injusticia, la violencia o la codicia de otras personas. El Dios de Jesús no es el que libra mágicamente de esas circunstancias históricas, sino el que acompaña a las víctimas, se pone de su lado y acepta ese abajamiento para que los injustos y violentos descubran que ese camino de imposición siempre es de muerte.

El anuncio de los seguidores de Jesús de hoy debe evitar la tentación de soluciones fáciles o deseos de alteración de la dinámica histórica. Dios no evitó a Jesús la cruz, la muerte injusta que le impusieron otros hombres, sino que le acompañó poniéndose totalmente de su lado para reprochar y culpar así a los verdugos con la esperanza de que aquel hecho fuese el comienzo de una humanidad nueva que ha descubierto el sinsentido de la violencia y la injusticia. Del mismo modo nosotros debemos ser testigos de aquella infinita confianza en la humanidad y en la historia que tuvo Dios. Cada víctima de nuestra injusticia y de nuestro modo de vida es un recuerdo de la muerte de Jesús y una llamada a activar aquella confianza en que seremos capaces de mirar a los demás como Dios los mira. Nuestro anuncio debe fortalecernos en esta esperanza; de otro modo estamos perdidos.

3.3 *Prioridad de la experiencia sobre el discurso intelectual*

La *tercera consecuencia* de esta mirada al primer anuncio es la importancia de la experiencia. Aquel anuncio no descansaba en discursos, palabras o ideas únicamente. El anuncio se experimentaba antes que se comprendía

o racionalizaba. Y esta buena noticia se experimentaba de modos diferentes.

Por una parte, estaban las celebraciones rituales, la liturgia, en la que recordaban la muerte y resurrección de Jesús como una transformación personal. Sus fracasos personales, sus frustraciones, sus desgracias eran comprendidos y acompañados por Dios y por los demás seguidores de Jesús. Esto no hacía que las desgracias desaparecieran; seguían siendo igual de pobres, desgraciados y oprimidos. Pero se sentían acompañados y reconfortados y esa acogida del Dios que se ponía de su lado y no del de los verdugos, era una experiencia de resurrección.

Por otra parte, estaban las condiciones cotidianas que creaban las nuevas comunidades que formaban. Eran grupos en los que la solidaridad y el reconocimiento de los marginados en el Imperio romano tenían mayor peso que en otros grupos. Hoy, igualmente, el anuncio debe cuidar la experiencia. Quizá se ha abusado excesivamente de las ideas y las creencias, creyendo que un catecismo puede transmitir la fe. *El anuncio debe ser experiencia de buena noticia, de alegría, de esperanza.* Y debe estar muy vinculado a las necesidades y circunstancias del destinatario. El anuncio del evangelio es una buena noticia: si no logramos que nuestro anuncio sea visto, comprendido, como buena noticia, algo hacemos mal.

3.4 *El anuncio debe ser creativo e innovador*

La *cuarta consecuencia* era la creatividad de aquellos primeros años. Muy pronto, aquel paradójico anuncio de la buena noticia de un Dios sorprendente y apasionante que se descubría en la muerte de Jesús se volcó en relatos que lograban reproducir en los oyentes el impacto que Jesús causó a sus seguidores y que les impulsó a vivir de otro modo.

Una de las innovaciones que pronto se dieron fue el recurso al *códice* para transmitir

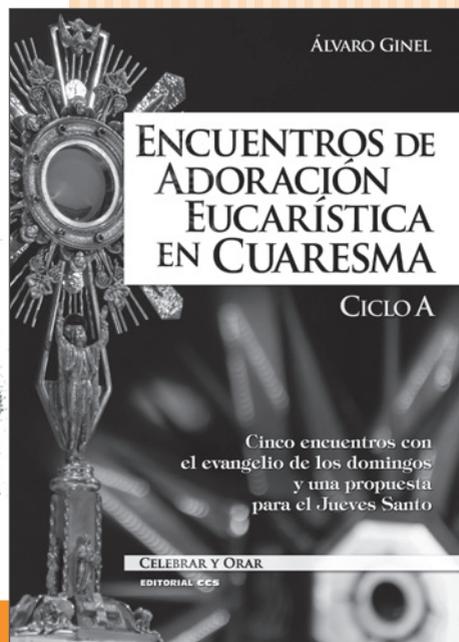
los textos que conservaban la vida de Jesús y la buena noticia de Dios. Hoy también debemos encontrar, no sólo los nuevos formatos y soportes en los que transmitir, sino, sobre todo, los nuevos relatos, los nuevos testimonios, los modos de impactar en las personas de nuestro tiempo. De nada sirve que seamos muy buenos en el uso de las redes sociales y los nuevos medios de comunicación de masas si lo que transmitimos es un mensaje muerto que a nadie impacta. El esfuerzo debemos ponerlo en la experiencia que nuestro anuncio transmite aun a riesgo de equivocarnos; es el precio de la creatividad.

3.5 *Un anuncio no proselitista*

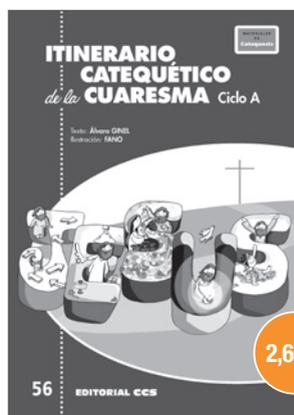
La *quinta y última consecuencia* que señalo de este proceso es la constatación de que aquel primer anuncio estaba centrado en experimentar y transmitir una buena noticia que, al recibirse, incorporaba al grupo de los seguidores. Pero no buscaba inicialmente incorporar miembros a la comunidad; esto era secundario. El objetivo era que el receptor experimentara el gozo de descubrir que Dios ama, cuida, confía, acoge... en las circunstancias de cada uno. Era un anuncio "de salida".

Quizá demasiado a menudo la actualización del anuncio cristiano se hace pensando en incorporar nuevos o viejos (que abandonaron) miembros a la Iglesia. Este error desvirtúa profundamente el anuncio porque se percibe, no como una buena noticia, sino como el intento proselitista de alimentar una institución que se ve a menudo como caduca o rancia. El anuncio no está al servicio de la Iglesia sino de las personas. Si logramos reorientar el destinatario de ese anuncio para que sea buena noticia para las personas en sus circunstancias, sin preocuparnos por la supervivencia de la Iglesia, esta seguramente se revitalizará.

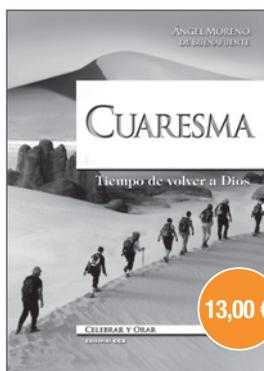
CUARESMA 2020



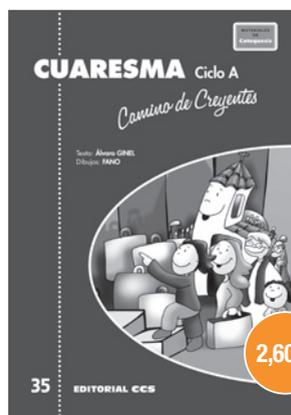
Novedad



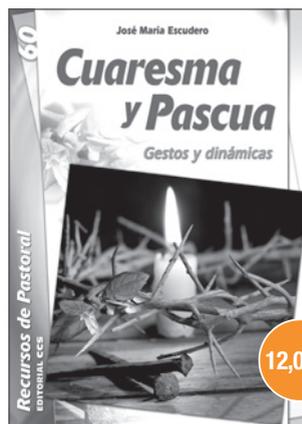
2,65 €



13,00 €



2,60 €



12,00 €



10,00 €



10,50 €